
Colinas como elefantes blancos

VERSIÓN EN CASTELLANO DEL CUENTO DE ERNEST HEMINGWAY Y
REFLEXIONES CRÍTICAS

*Raúl E. Narváez**
Universidad del Salvador
Argentina

1. Versión en castellano.

Colinas como elefantes blancos

Las colinas al otro lado del valle del Ebro eran alargadas y blancas. De este lado, no había sombra ni árboles y la estación estaba entre dos vías bajo el sol. Adherida al lado de la estación estaba la sombra caliente del edificio y una cortina de cuentas de bambú colgaba de la puerta abierta que daba al bar para impedir que entraran las moscas. El norteamericano y la chica con él se sentaron en una mesa a la sombra, afuera del edificio. Hacía mucho calor y el expreso de Barcelona llegaría en cuarenta minutos. Paraba dos minutos en este cruce y seguía a Madrid.

—¿Qué tomamos?—. Preguntó la chica. Se había quitado el sombrero y lo había puesto sobre la mesa.

—Hace mucho calor —dijo el hombre.

—Tomemos cerveza.

—Dos cervezas —dijo el hombre en español a través de la cortina.

—¿Grandes? —preguntó una mujer desde el umbral.

—Sí. Dos grandes.

La mujer llevó dos vasos con cerveza y dos posavasos de fieltro. Puso los posavasos y los vasos de cerveza sobre la mesa y miró al hombre y a la chica. La chica estaba con la mirada perdida en la cadena de colinas. Se veían blancas bajo el sol y el campo se veía marrón y seco.

—Parecen elefantes blancos —dijo ella.

—Nunca vi uno —el hombre bebió su cerveza.

—No, seguro que no.

—Podría haber visto alguno —dijo el hombre—. Qué digas «seguro que no» no prueba nada.

La chica miró la cortina de cuentas. —Tiene algo pintado —dijo—. ¿Qué dice?

—Anís del Toro. Es una bebida.

* Doctor en Lenguas Modernas con Especialidad en Lengua Inglesa por la Universidad del Salvador. Traductor Público en Idioma Inglés por la Universidad de Buenos Aires. Profesor en Inglés por el Instituto Superior «Jesús María» (A-85). Técnico Superior en Consultoría Psicológica por Instituto Superior de Ciencias Sociales y Humanísticas (A 1375). Se especializó en psicoanálisis y psicología social. Correo electrónico: ranarvaez1945@gmail.com.ar Ideas, VII, 7 (2021), pp. 1-8

—¿Podríamos probarla?

—El hombre gritó «Escuche» a través de la cortina. La mujer salió del bar.

—Cuatro reales. Queremos dos Anís del Toro.

—¿Con agua?

—¿Lo quieres con agua?

—No sé —dijo la chica—. ¿Queda bien con agua?

—Queda bien.

—¿Los quieren con agua? —preguntó la mujer.

—Sí, con agua.

—Tiene gusto a regaliz —dijo la chica y posó el vaso.

—Así pasa con todo.

—Sí —dijo la chica—. Todo tiene gusto a regaliz. En especial todas las cosas que uno ha esperado durante tanto tiempo, como el ajeno.

—Ah, terminala.

—Vos empezaste —dijo la chica—. Yo estaba divirtiéndome. Estaba pasando un lindo momento.

—Bueno, tratemos de pasar un lindo momento.

—Bueno. Yo estaba tratando. Dije que las colinas parecían elefantes blancos. ¿No fue genial?

—Sí, fue genial.

—Quería probar esta bebida nueva. Eso es todo lo que hacemos, ¿no? Mirar cosas y probar bebidas nuevas.

—Supongo que sí.

La chica miró las colinas del otro lado.

—Son unas colinas preciosas —dijo—. En realidad, no parecen elefantes blancos. Solo hablaba del color con que se les ve la piel a través de los árboles.

—¿Tomamos otra cerveza?

—Bueno.

El viento cálido hizo volar la cortina hasta la mesa.

—La cerveza está rica y fría —dijo el hombre.

—Preciosa —dijo la chica.

—Es una operación realmente simple, Jig —dijo el hombre—. En realidad, no es una operación.

La chica miró el suelo sobre el que se apoyaban las patas de la mesa.

—Sé que no te importa, Jig. En realidad no es nada. Es solo dejar que entre el aire.

La chica no dijo nada.

—Voy a ir con vos y me voy a quedar con vos todo el tiempo. Solo dejan que entre el aire y después todo es perfectamente natural.

—¿Y qué vamos a hacer después?

—Vamos a estar bien después. Igual como estábamos antes.

—¿Qué te hace pensar así?

—Eso es la única cosa que nos molesta. Es la única cosa que nos hizo infelices.

La chica miró la cortina, extendió el brazo y tomó dos hileras de cuentas.

—Y entonces pensás que vamos a estar bien y vamos a ser felices.

—Sé que sí. No tenés que tener miedo. Conozco mucha gente que lo hizo.

—Yo también —dijo la chica—. Y después todos fueron tan felices.

—Bueno —dijo el hombre—. Si no querés, no tenés que hacerlo. No te obligaría a hacerlo si no querés. Pero sé que es perfectamente simple.

—¿Y vos, de veras querés?

—Creo que es lo mejor. Pero no quiero que lo hagas si en realidad no querés.

—¿Y si lo hago vas a estar feliz y todo va a ser como antes y me vas a querer?

—Te quiero ahora. Sabés que te quiero.

—Lo sé. Pero si lo hago, entonces ¿va a estar bien si digo que las cosas son como elefantes blancos y a vos te va a gustar?

—Me va a gustar. Ahora también me gusta, pero no puedo pensar en eso. Sabés cómo me pongo cuando estoy preocupado.

—Si lo hago, ¿vas a dejar de preocuparte?

—No voy a preocuparme por eso, porque es perfectamente simple.

—Entonces lo voy a hacer. Porque a mí no me importa nada de mí.

—¿Qué querés decir?

—Que no me importa nada de mí.

—Bueno, pero a mí sí me importa.

—Ah, sí. Pero a mí no. Voy a hacerlo y entonces todo va a estar bien.

—No quiero que lo hagas si te ponés así.

La chica se levantó y caminó hasta el final de la estación. Del otro lado, había campos de granos y árboles a lo largo de las orillas del Ebro. Lejos, pasando el río, había montañas. La sombra de una nube atravesó el campo de granos y pudo ver el río entre los árboles.

—Y podríamos tener todo esto —dijo—. Y podríamos tenerlo todo y cada día lo hacemos más imposible.

- ¿Qué dijiste?
- Dije que podríamos tenerlo todo.
- Podemos tenerlo todo.
- No, no podemos.
- Podemos tener el mundo entero.
- No, no podemos.
- Podemos ir a todas partes.
- No, no podemos. Ya no es nuestro.
- Es nuestro.
- No, no lo es. Y una vez que te lo quitan, no lo recuperarás jamás.
- Pero nos lo quitaron.
- Dejá que pase el tiempo y veremos.
- Vamos, volvé a la sombra —le dijo—. No tenés que ponerte así.
- No me pongo de ninguna manera —dijo la chica—. Sólo sé cómo son las cosas.
- No quiero que hagas nada que no quieras hacer.
- O que no me haga bien —dijo ella—. Lo sé. ¿Podríamos tomar otra cerveza?
- Bueno. Pero tenés que darte cuenta de...
- Me doy cuenta —dijo la chica—. ¿No podríamos, digo, dejar de hablar?

Se sentaron a la mesa y la chica miró las colinas del lado seco del valle y el hombre la miró a ella y a la mesa.

—Tenés que darte cuenta —dijo— de que no quiero que lo hagas si no querés. Estoy perfectamente dispuesto a seguir adelante con esto si significa algo para vos.

—¿No significa nada para vos? Podríamos arreglarnos.

—Por supuesto que sí. Pero no quiero a nadie más que a vos. No quiero a nadie más. Y sé que es perfectamente simple.

—Sí, sabés que es perfectamente simple.

—Está bien que vos digas eso, pero yo sí sé.

—¿Harías algo por mí ahora?

—Haría cualquier cosa por vos.

—¿Me harías el favor, favor, favor, favor, favor, favor, favor de dejar de hablar?

Él no dijo nada, sólo miró las valijas que estaban contra la pared de la estación. Tenían etiquetas de todos los hoteles donde habían pasado las noches.

—Pero no quiero que lo hagas —dijo—. Eso no me importa nada.

—Voy a gritar —dijo la chica.

La mujer salió de entre la cortina con dos vasos de cerveza y los puso sobre los posavasos de fieltro húmedos. —El tren llega en cinco minutos —dijo.

—¿Qué dijo? —preguntó la chica.

—Que el tren llega en cinco minutos.

La chica le dirigió una radiante sonrisa de agradecimiento a la mujer.

—Mejor voy llevando las valijas al otro lado de la estación —dijo el hombre. Ella le sonrió.

—Bueno. Después vení y terminamos la cerveza.

Levantó las dos pesadas valijas y por la estación las llevó hasta las otras vías. Miró a lo lejos pero no pudo ver el tren. Al volver, cruzó el bar, donde la gente que esperaba el tren estaba bebiendo. Tomó un anís en la barra y miró a la gente. Todos estaban razonablemente esperando el tren. Salió pasando por entre la cortina de cuentas. Ella estaba sentada a la mesa y le sonrió.

—¿Te sentís mejor? —le preguntó.

—Yo me siento bien —dijo—. A mí no me pasa nada. Yo, me siento bien.

2. Reflexiones críticas

Cualquier tema se presta para hablar de ... nosotros mismos. Es el gran descubrimiento de Freud. Hable de cualquier cosa; usted siempre está hablando de sí mismo.

Jaime Barylko (1997, p. 69).

Introducción

El relato comienza con la presentación del fondo escénico que prefigura a «*El Norteamericano y la chica con él*». La marcada centralidad otorgada a El Norteamericano produce un singular extrañamiento, que incrementa ante la peregrina consulta de Jig. «*What should we drink?*» pregunta en el original, «¿Qué tomamos?», en la versión que se ofrece.

En *Fenomenología del Espíritu*, Hegel afirma que «Un individuo surge frente a otro individuo. Y, surgiendo así, de un modo inmediato, son el uno para el otro a la manera de objetos comunes» (1966, p.69). La aseveración permite instalar un planteo hipotético viable: ¿Se tratará esta de una relación vincular asimétrica enmarcada por la dialéctica del amo y el esclavo o es sólo una intuición personal?

Disipar la incógnita con aportes de la psicología social obliga a un recorrido crítico por el existente y los emergentes que puedan surgir de las elocuciones. Según Gladys Adamson, «Lo existente alude a lo dado en cualquier situación grupal» y «[...] todo diagnóstico o análisis de situación se realiza sobre el existente». [...] «En términos generales, el emergente define una multiplicidad de indicios comunicacionales» (2013, pp. 154-155).

Desarrollo

El hilo conductor del intercambio dialéctico, al que El Norteamericano refiere como una «operación realmente simple», quizás ejerza irresistible magnetismo en un lector desprevenido. Sin embargo, de la voz aquejada de Jig emerge otra cuestión latente de mayor relevancia. La toma de

consciencia de ella misma y, a partir de allí, de la necesidad de tomar decisiones que con eficacia orienten la resolución del conflicto de vida que la afecta y angustia.

La especificidad del objetivo le significará tener que dar un salto vigoroso, que es lo que sigue su nombre. Además de conexiones intertextuales con un anzuelo, la mentira y la expresión *the jig is up*, cuyo equivalente podría ser *se descubrió todo, se acabó la fiesta*, el apelativo «Jig» posibilita también conexiones con los pasos corporales que caracterizan la danza así denominada en lengua inglesa. En el caso de Jig, su desplazamiento será conductual e investido del anhelo vehemente de querer hallar la orientación buscada desde la soledad absoluta. Como el señuelo ha perdido su efecto hechicero, concretar el salto implicará desafíos inevitables. El enfrentamiento con el saber que lo direccionará y con el ámbito de la metafísica, que en palabras de Ortega y Gasset no es otra cosa que «soledad» (Lección X, p. 44).

En realidad, Jig se siente desorientada, descentrada y perpleja ante una encrucijada existencial. Sus planteos la revelan como un ser en falta tratando de llenar un vacío con algo con lo que no cuenta. Un ser que ha tomado consciencia de evidencias radicales: por un lado, de que la vida es lo que uno hace y lo que le pasa en un ahora; por el otro, de que anhela ser sanamente deseada o reconocida por un otro tan humano como ella y por otros con los que comparte el contexto social que la enmarca y determina.

La postura de El Norteamericano ante los planteos de Jig sorprende. No responde a las expectativas de Jig y probablemente tampoco a las del lector. Se lo ve cercano a la función del dominio simbólico que, con agresividad encubierta, apunta a satisfacer sus propias necesidades pulsionales y a disfrutar del sentimiento de poder. Propone la muerte y, arteramente, insiste en su proyecto de mortalidad. El objetivo específico es continuar en posesión del objeto del deseo de Jig, El emergente, sobre la base del perfil conductual que lo identifica, es el alejamiento de su condición de humano.

La reacción de Jig es manifiesta. Se la ve entablado una decidida lucha con su representación interna y circunstancia sobre la base de metas bien definidas. La afirmación de su voluntad y, además, el libre control sobre su cuerpo. Sus mecanismos de defensa han logrado ubicar lo peligroso, lo peligrosamente idealizado. Sabe que de prolongar la identificación vincular que le otorgaba sentimientos de completud implicaría seguir muriendo como persona y renunciando al goce por cesión del objeto de deseo, inmolarse con el fuego de la indignidad. Sería aceptar el rol de esclava ante un amo que demanda entrega de vidas y someterse al sentimiento de placer en el displacer.

En plena etapa de interpretación y elaboración de lo que la afecta intenta transformar lo doloroso en un pasaje al crecimiento que, incidentalmente, la conducirá a la independencia que se propone alcanzar. Sin embargo, si bien su lucha interna aspira a poner límites a la agresiva servidumbre, sabe que cada humano encuentra su esencia en el ser del otro y que, por ende, la alienación es recíproca. Desde esta perspectiva, el control hegemónico de uno señalará la muerte del control del otro. Si la hegemonía no logra instaurarse, tal vez vendrá la separación y, en Jig, el consecuente sentimiento de pérdida. Entonces, bien podría aspirarse a una tercera alternativa: a un acto de comunicación genuino y consensuado en el cual cada uno reconoce la presencia del otro en lugar de solo escucharse o reconocerse a sí mismo. Uno, donde el *yo con vos* desplace al *yo y vos*.

Con seguridad, ahí reside el planteo dilemático de Jig: satisfacer el deseo y el goce del otro o los de ella. Sin embargo, Jig y El Norteamericano son inconscientes de que en ambos hay un Gran Otro estructurado, con presencia latente, que también está hablando e influyendo con fuertes mandatos en toda la cuestión.

Sobre la historia de vida de Jig, solo pueden arriesgarse especulaciones endebles. Lo que sí puede afirmarse, indubitadamente, es que su interpretación de este *ahora* la perturba en extremo y la lleva al planteo existencial de qué es ella en ese aquí y ahora como parte inseparable de una circunstancia que la desorienta.

Introspectivamente, entonces, será a ella misma a quien tendrá que dar cuenta honesta de su toma de decisión si lo que se propone es realmente la independencia. No hay opción posible. Lo que está en juego es la toma de posesión de ella misma como patrimonio de la vida que le fue otorgada. Concretarla prefigura la incipiente construcción de su porvenir. Pero como su conexión a tierra firme se ha interrumpido, la vemos reflexiva pero vacilante en continuos avances y retrocesos. Muy para su pesar, la base de sustentación que otorgaba seguridad y homeostasis ha cedido ante la hecatombe resultante de su interpretación de la realidad. El acto interpretativo y el de elaboración demandan recuperar la tríada que otorgaba sustentación a aquel paraíso, ahora perdido, pero alejada de cualquier tipo de conformismo degradante.

De ser así, los interrogantes comienzan a surgir uno tras otro: ¿Por qué cada uno de ellos no opta por la separación pudiendo elegir un objeto de amor menos disarmónico? ¿Qué función cumple Jig en el vínculo para que El Norteamericano no decida alejarse de ella y qué función cumple El Norteamericano para que Jig decida permanecer junto a él? Sabemos que la respuesta no está en la satisfacción sexual, la procreación o las gratificaciones propias de una compañía. Lacan, partiendo de la premisa de que a todos nos falta algo que nos atormenta, define al amor como «dar lo que no se tiene» (2009, p. 589). Para Freud la práctica amorosa está distante de constituir un hecho azaroso. Se concreta a partir de la repetición de un clisé o estereotipo que apunta a la satisfacción pulsional y que de ese modo limita la elección amorosa indeterminada. Afirma que la elección de las «relaciones amorosas se produce sobre la base de huellas mnémicas que aquellos primeros arquetipos dejaron tras sí» (1986, p. 249).

Llegados a la fase de resolución, todo parecería indicar que la decisión unilateral ha ganado su espacio. Es, al menos, lo que permite inferir el segmento «Yo me siento bien. A mí no me pasa nada. Yo, me siento bien» que pone fin al relato.

A modo de conclusión

Aparentemente, Jig ha comprendido que el amo, con el rol de poseedor de autoridad sobre ella, no teme la muerte porque su identidad de tal demanda la presencia de un esclavo con responsabilidades que respondan a sus propósitos. Así considerados, ambos son parte obligatoria del vínculo asimétrico. Consecuentemente, si ella logra despojarse de su rol de servidumbre, el amo desaparecerá. No hay espacio para amos donde no hay esclavos. Tampoco lo hay para esclavos donde no hay amos. Podemos arriesgarnos a decir que es probable, entonces, que a partir del nuevo viaje que emprenden juntos, el lazo vincular se habrá fortalecido saludablemente. El intercambio dialéctico, poderoso puente de comunicación, habrá logrado que Jig abandone el rol en que se encontraba. De ser así, tanto autoridad como responsabilidad serán recíprocas, compartidas y el plano de equidad se habrá instalado en el espacio vincular.

Hemingway, fiel a su teoría literaria, permite ver solo la parte visible de un iceberg, la que aparece fuera del agua. De ahí que se hayan silenciados pormenores sustanciales de las historias de vida de Jig y de El Norteamericano que solo ellos conocen. Por lo tanto, los exigüos datos aportados por el existente sometidos a la aplicación de su técnica posibilitan, mayormente, la reflexión crítica en torno a la condición humana desde una perspectiva escogida de entre otras posibles y válidas.

Referencias

- Adamson, G. I. (2013). *Psicología social para principiantes*. Buenos Aires: Era Naciente.
- Barylko, J. (1977). *El aprendizaje de la libertad*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Freud, S. (1986). *Sobre la psicología del colegial*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Hegel, G. W. F. (1966). *Fenomenología del espíritu*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 2*. Méjico: Siglo XXI Editores.
- Ortega y Gasset, J. *Unas lecciones de metafísica. Lección X*. Disponible en <https://1library.co/document/ozllmlz-ortega-y-gasset-unas-lecciones-de-metafisica.html>